

MEMORIAS · EXTRACTOS

Richard Bertossa

Freedom Tests

*Siete pruebas reales.
Nada de teoría.*

. . .

MEMORIAS · EXTRACTO DE LECTURA

Freedom Tests

*Siete pruebas de vida.
Tres décadas. Cuatro continentes.
La historia detrás de la voz.*

DE

Richard Bertossa

¿Quién es este Richard?

Escucho la pregunta con frecuencia. A veces de forma directa — en un café, en una llamada, al margen de un evento. A veces solo la leo en los ojos.

¿Quién es en realidad el que escribe así sobre la familia, la libertad y las rupturas que vienen, sin gritar y sin congraciarse con nadie? ¿Qué lo formó? ¿De dónde viene esa calma?

Una pregunta justa. Merece una respuesta honesta.

Lo que me explica no son los éxitos, ni los libros, ni las empresas que he creado. Lo que me explica son las pruebas. Siete de ellas atraviesan estas memorias como un hilo rojo — siete pruebas de vida, a lo largo de tres décadas, en cuatro continentes. A veces las busqué. La mayoría de las veces me encontraron ellas.

En cada una de estas siete pruebas hay muchas pruebas más pequeñas. Encuentros, decisiones, momentos que por sí solos ya bastarían para sostener una historia propia.

En las páginas siguientes encontrarás extractos de seis de las siete. No el libro entero — solo lo suficiente para que entiendas de dónde viene la voz.

*No empezamos por el principio.
Empezamos donde la cosa se puso seria.*

. . .

La sala del tribunal

Prólogo. Una sentencia.

La sala del tribunal olía a aire acondicionado y a miedo. A mi miedo. Estaba sentado fuera del juzgado, esperando. Horas. Así funciona allí — esperas hasta que te llaman, y no sabes si será hoy o si volverán a aplazar. Ya había estado aquí cuatro veces, cuatro veces había volado a California. Cada vez, nada. Aplazamiento. Nuevas acusaciones. Nuevos trucos.

En las fotos de entonces se ve cómo estaba: un ojo rojo, el otro morado. Me había caído de agotamiento, en algún momento entre dos días de audiencia, en un aparcamiento. Al límite de mis nervios, al límite de mi energía, al límite de todo. Pero rendirse no era una opción. No cuando se trata de mis hijos.

Marcella, la madre de mis hijas, me había denunciado. Domestic Violence. Child Abuse. Policía, autoridades, psicólogos. Habían entrevistado a las niñas. Marcella había intentado influir en ellas. Pero las niñas contaron la verdad. No había nada.

Aun así: una trabajadora social emitió una recomendación. Puedo ver a las niñas de vez en cuando. Bajo supervisión. Normalmente, un tribunal sigue esas recomendaciones.

Entonces la abogada de Marcella me envió su propuesta: yo acepto ver a mis hijas cada pocos meses, bajo supervisión, durante unas horas. Y a cambio pago decenas de miles de dólares en costas.

Cada pocos meses. Bajo supervisión. Unas horas.

A partir de ese momento supe: aquí voy hasta el final. Esto ya no es una negociación. Aquí solo queda ganar o ganar.

Ya había gastado setenta mil dólares. Mi abogado ya no podía representarme — pero no me dejó tirado. Me dijo: «Te sigo ayudando con mi equipo. Si tienes que presentar escritos, te doy consejos».

Y luego estaba Susi. Ocho años. Sobre la que se había ejercido presión. La que tuvo que decir que no podía quedarse a dormir con nosotros. Pero en secreto escribió algo en mi cuaderno de dibujo. En la página quince, con su letra de niña: *Papá, te quiero.*

Eso lo encontré después. Y eso me dio el valor para aguantarlo todo.

Había grabado conversaciones. Con Marcella, con su nuevo marido. Él me había amenazado — con que solo vería a mis hijas bajo supervisión si insistía en la sentencia austriaca. Esas grabaciones fueron admitidas como prueba.

Luego, el silencio. El juez hojeaba. Yo oía mi propio corazón. Y entonces lo dijo:

«The children have to be immediately returned into the custody of their father.»

Sofi dijo más tarde, en Corea, una frase que nunca olvidaré: «Es bueno que tenga un padre». No: que hayas ganado. No: que hayas luchado. Sino: que tengo un padre. Presente.

*Algunas pruebas ocurren en salas de tribunal.
Otras — tres horas antes de tiempo, en un pequeño aeropuerto.*

El avión

Mérida, los Andes. Tres horas antes.

Un pequeño aeropuerto en los Andes. Aviones de hélice, pistas cortas, montañas alrededor. Llegué tres horas antes — yo, que siempre llego tarde.

En el mostrador vi la pantalla: Santa Barbara Airlines, Caracas. Poco antes de que cerrara la puerta de embarque, la mujer se dio la vuelta: «Ven. Falta uno que no ha llegado. Tienes suerte».

Me levanté. Fui hacia la puerta. Y luego volví a sentarme. Hasta hoy no sé por qué. Solo un no-querer del cuerpo.

Por la noche, en Caracas: «Hey Richie — ¿dónde estás?». Silencio. «¿Qué? Tu avión ha desaparecido».

De Mérida a Caracas. Se estrelló contra los Andes. Todos muertos.

Después desapareció un amigo.

Y el país que lo tenía lo gobernaba un servicio de inteligencia.

El servicio de inteligencia

Un amigo desaparece. ¿Qué se hace?

Ron, un amigo holandés, fue detenido. Último paradero conocido: aeropuerto de Porlamar. Después: nada. La abogada fue amenazada por la policía. El embajador holandés no quiso dar su número. Esto no era un caso normal — era el servicio de inteligencia, la DGCIM.

Yo estaba con mi hija de ocho años en la misma isla. Si conocían mi nombre, yo era el siguiente. ¿Pero dejar que Ron se pudriera?

Actué. Investigué a los funcionarios responsables. Fotos. Nombres. Contacté con periodistas del mayor diario de Caracas. Les pagué. No por mentiras — por la verdad.

Lo que encontraron: Ron, encadenado a una cama, en un calabozo ilegal. Lo liberaron. La foto de propaganda que debía demostrar que no había pasado nada — se convirtió en la prueba de su derrota.

Algunas pruebas empiezan con una llamada.

Otras — con un trago de agua, a los diecinueve, en el desierto paquistaní.

La azotea de Karachi

A los diecinueve. Enfermo. Con un libro.

A los diecinueve viajé a dedo por tierra de Viena a la India. Atravesando Irán, atravesando Baluchistán — un desierto tan grande y tan vacío que tu propia respiración se convierte en el ruido más fuerte —, hasta Quetta. En el desierto me senté en el suelo con combatientes de la resistencia y comí gulash paquistaní de una olla común. Pasaban una jarra de agua. Debería haber echado una pastilla desinfectante. Pero no quería ser el europeo que les muestra que su agua está sucia.

Así que bebí.

Ese fue el error. Disentería amebiana. Diez kilos perdidos, en días.

En Karachi, unos niños me tiraron piedras. En plena calle, de la nada. Sabía: si una me da en la cabeza, caigo al suelo sangrando, y entonces se vuelve peligroso. Pero no quería huir. Así que seguí caminando con la cabeza alta. En algún momento pararon.

Terminé en el Ejército de Salvación. Pan de molde con queso fundido, pastillas del médico, recuperar fuerzas poco a poco.

Por las tardes subía a la azotea. Me tumbaba al sol y leía. Debajo de mí, Karachi — las bocinas, el calor, el caos. Y yo allí arriba, como en una isla por encima de todo.

El libro se llamaba *Die philosophische Hintertreppe* — la historia del pensamiento, desde los griegos hasta el presente. Lo leí página a página.

Y entonces hice algo que nunca antes había hecho: empecé a escribir un libro propio. A mano. Reflexiones, preguntas, conexiones — aunque solo tenía diecinueve años y era demasiado joven para contradecir a filósofos.

Me llevé el cuaderno escrito a mano de vuelta a Viena. Un año después lo perdí. En la Universidad de Economía, en algún lugar entre el aula y el comedor. Desaparecido.

Y entonces pasó algo que no esperaba.

Un profesor — al que nunca había conocido — encontró el cuaderno. Lo leyó. Podría haberlo tirado a la basura. En lugar de eso, averiguó quién lo había escrito. Me lo devolvió por correo. Con un regalo: un libro de Epicuro. Y una carta escrita a mano — le parecían notables mis pensamientos.

Lo más valioso que puedes perder es a veces justo lo que vuelve — cuando lo encuentra la persona adecuada.

Viena, Karachi, una azotea al sol.

*Tres semanas antes de este libro — un balcón de hotel en una ciudad bajo
fuego.*

Beirut

Tres semanas antes de este libro.

Tres semanas antes de dictar este capítulo estaba sentado en el balcón de un hotel en Beirut y sentía en el pecho la presión del aire de los impactos de bombas.

Había llevado a Sofi a Abu Dabi, a sus prácticas. Quería pasar una noche en Beirut. Una ciudad que no conocía. Cancelaron los vuelos. Por el tiempo, dijeron primero. Luego quedó claro: no era el tiempo. Era la guerra.

El primer día yo era el único huésped del hotel. Nueve pisos, yo solo. Al día siguiente todo estaba lleno — familias, colchones en el suelo, refugiados en la calle. Gente del sur, bombardeada.

Salí al balcón y lo sentí. No lo oí — lo sentí. La presión en el pecho. Como si alguien apoyara la mano plana contra tu esternón y no la soltara. El aire olía a explosivo.

Estuve atrapado dos semanas. Y mientras esperaba hice algo que me sorprendió a mí mismo: trabajé. En un proyecto que llevaba meses aplazando. De repente tenía la calma para terminarlo. Porque ya no había forma de huir.

Un camarero libanés me traía cada noche un té, sin que yo lo pidiera. Una noche solo dijo: «Sir, we are a strong people. Don't forget».

*Algunas pruebas vienen de lejos.
Otras — de las propias filas.*

Desde las propias filas

Cómo acogí a un influencer — y lo que me quitó.

Legó a mí como un adolescente abandonado. Cuando se quitaba los zapatos, nos tumbaba el olor. Pero era inteligente, tenía algo que me gustaba — esa forma de no encajar. Yo lo conocía de mí mismo. Así que lo acogí.

Hacía videos. Emigrar, optimización fiscal, libertad. Una plataforma con una gran comunidad. Una workation en Montenegro, treinta personas en mesas de madera, detrás la costa. Así nos conocimos.

Luego lo invité a barbacoas en el Wilhelminenberg. Luego vino a Colombia, durmió en nuestra habitación de invitados. Nunca le cobré nada. La cosa estaba bien.

Luego empezó a enviarme clientes potenciales. Él asesoraba en teoría — a través de su plataforma. Yo ejecutaba. Vendía paquetes de empresas, soluciones fiscales, estructuras en el extranjero. Pronto tuvimos tres empleados, más tarde cuatro. Una oficina totalmente equipada en Viena. Toda una máquina.

Mientras él recorría el mundo, yo respondía a sus correos. Pagaba los sueldos. Asumía los costes de la oficina. No era el asesor al margen — era toda la columna vertebral operativa.

En personas así, que la sociedad ha descuidado un poco, la fama se sube a la cabeza con más fuerza todavía. Eso lo entendí solo después.

A principios de 2020 estaba atrapado en Taiwán. Confinamiento por la pandemia, solo con dos hijas pequeñas, el mundo cerrado. Entonces llegó el correo. Se llevaba de vuelta a los clientes. Ahora los atendía él mismo.

Todo el backend. Los empleados. El negocio. Se fue.

La traición llega a veces desde las propias filas. De aquellos a quienes acogiste — porque viste algo en ellos.

Lo que además contiene el libro

Bancos y autoridades. Cuentas bloqueadas — y cómo las recuperé con ingeniería inversa legal.

La huida de Venezuela. Con una hija de ocho años a través de quince controles de carretera. Tres días de silencio.

La explosión en Viena. Dos dedos perdidos. Una respuesta que lo marcó todo: «No. Ese se queda».

El proceso contra la República de Austria. Una promesa del Estado, un muro del Estado. El proceso sigue en curso — y pinta muy bien.

. . .

UNA NOTA

Lo que falta aquí.

Lo que acabas de leer es solo una fracción.

En el libro hay mucho más. Procesos. Encuentros. Situaciones que aquí, a propósito, no desarrollo. Algunas son más duras, otras más ingeniosas, otras más brutales.

No las he escrito todas — y algunas de las que escribí no las he incluido en este adelanto.

Para que esta noche todavía puedas dormir tranquilo.

DOS LIBROS

Lo que viene

YA PUBLICADO · EDICIÓN EN ALEMÁN

KI-Kontrollverlust

Serie Resiliencia ante la IA, volumen 1. El libro sobre la tesis del desacoplamiento, la fase de transición y la pregunta de cómo las personas y las familias siguen siendo capaces de actuar.

PRÓXIMAMENTE

Freedom Tests

Siete pruebas de vida. Tres décadas. Cuatro continentes. La historia detrás de la voz.

Más información: richardbertossa.com/es

· · ·

ESCRITO POR

Richard Bertossa